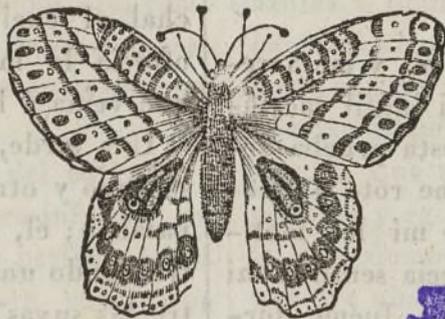


Sale los dias 10, 20 y 30.

Da mensualmente un figurin, y de tiempo en tiempo un patron de tamaño natural.

Precio al mes.

| | | |
|--------------------------------------|----|-------------------|
| Madrid..... | 4. | } Franco de porte |
| Las provincias.... | 6. | |
| Si la suscripcion se hace en Madrid. | 5. | |



SE SUSCRIBE

EN MADRID

En la librería estrangera, calle de la Montera, y en las provincias en las comisiones de la Agencia literaria.

Las cartas y reclamaciones francas de porte



HEMEROTECA MUNICIPAL
MADRID

LA MARIPOSA,

PERIODICO DE LITERATURA Y MODAS.

UN DRAMA DESDE EL BALCON.

Estaba yo un dia apoyado de codos en la barandilla de mi balcon, distraido con mis meditaciones, cuando de repente me sacó de ellas el ruido que hicieron al abrir las vidrieras de otro balcon frente al mio, y como me dispusiera á dirijir una maldicion trájica al indiscreto, que tan brutalmente me volvía á las miserables realidades de este mundo, vino ligeramente á colocarse en él una jóven radiante de belleza. Vestía una ropa blanca, que dibujaba admirablemente sus formas, tales como no he visto en mi vida, un talle elástico y flexible, y una garganta graciosamente contorneada.

Me pareció esta muger la mas hechicera de las criaturas humanas, y al verla, desaparecieron sin pesar mio los miles de sílfidas, que un momento antes revoloteaban, á cual mas graciosas unas que otras, en la nube de humo

de mi aromático cigarro; y al mirarla segunda vez advertí que no habia perdido en el cambio.

Ya habia contemplado á placer á mi bella vecina en su conjunto y en sus detalles, y me apercibí que no producía yo en ella el mismo efecto. Es verdad que me miraba, pero apesar de mi buen deseo érame imposible deducir que le admirase algo de mi persona, tal era el jesto singular con que acompañaba su examen. Por el pronto atribuí á mi traje esta impresion desfavorable, pero recordé al momento que Julia me habia asegurado con frecuencia, que este *negligé* me sentaba á las mil maravillas, y me presentaba como un mónstruo adorable: asi pues, no debia ser mi traje á quien hubiese de echar la culpa. Parecióme entonces que bien podria ser mi cigarro el culpable: y estando ya para concluirse, le arranqué de mi boca, y sin titubear le arrojé á la calle. Pero, oh dolor! este acto, meritorio á la verdad, halló

enteramente insensible á la joven, y no dispó en nada el gracioso ceño que se manifestaba en su frente.

Pronto reconocí mi error, y me arrepentí amargamente de mi inútil sacrificio. Por fin, despues de esta prueba decisiva, despues de haberme roto la cabeza por buscar fuera de mí los motivos del disgusto que parecia sentir á mi aspecto la adorable vecina, fuéme forzoso acabar de conocer que estos motivos residian justa y simplemente en mi persona, y que no podia achacar esta humillacion ni á mi vestido, ni á mi cigarro, ni á otra cosa alguna.

Buscaba yo muy sériamente la solucion de este enigma, que no me hacia mucho favor, y ví parecer un hombre, que se colocó familiarmente al lado de mi preciosa rubia.

Por de pronto una cosa me chocó en él: fumaba, pero su manera de fumar, el modo de tener el cigarro en la boca, y la postura de su cabeza y cuerpo, me indicaron que era andaluz.

Mi andaluz estaba vestido de negro de pies á cabeza, y no gastaba lentes, pues aseguraba que tenia *una vista escelente*, como supe algun tiempo despues.

Por la manera que tuvo de acercarse á mi bella vecina, reconocí en él un marido, y por la mirada profunda de desconfianza, que fijó en mí, adiviné que pecaba del defecto de los celos en un grado muy eminente.

Púseme entonces á estudiar á este hombre, y en adelante una de mis principales ocupaciones fué el observar á mi vecindad. Dificil será créer el sello de amor que imprimia este hombre hasta en las cosas que menos lo merecian: habia cierta ternura en la manera con que estendia sobre la espalda de su muger el chal de casimir que ella se ponía

para salir á paseo: cierto rendimiento en su ademan cuando colocaba sobre este chal el cuello bordado, y cuando le ofrecia la mano para subir al coche, que venia á buscarles todas las tardes.

Una tarde, estaban al balcon, silenciosos uno y otro; ella, mirando los que pasaban; él, los ojos fijos en ella, y estrechando una de sus bellas manos entre las suyas. De tiempo en tiempo pasaba la mano por su pelo negro y poblado, y alzaba su abrasada frente como para impregnarla del aire fresco de la tarde; y sus miradas se detenian algunos instantes en el azulado cielo, cuyo azul iba perdiendo su brillo al paso que aparecian aquí y allá algunas estrellas temblorosas y confusas, pues el dia concluia, y la noche no habia aun venido enteramente.

De repente observé que se estremecía, y le ví fijar una mirada penetrante en su jóven esposa. Esta se conmovió lijeramente, pero tan lijeramente, que era necesaria toda la atencion que yo ponía para advertirlo. Los dos estaban visiblemente alterados, y uno y otro parecia que se contenian y estudiaban la manera de no dejar percibir esta emocion. Sospeché que alli habia alguna cosa de gravedad, si bien no tenia yo razon que me moviese á pensar asi, ni concibiera nada de esta escena muda, de la que ninguna causa aparente me explicaba el sentido, á no ser el ruido que causó al abrirle un balcon al lado de mis vecinos. Es verdad que no estaba separado del suyo mas que por la distancia de tres pies cerca; pero yo no podia atribuir á este ruido tan ligero la turbacion que tanto uno como otro experimentaban, y les hacia padecer. Sin embargo, á poco instante se puso un jóven á dicho balcon: al movimiento que hizo para colocarse, ví temblar al andaluz,

y á la jóven ponerse pálida. Entonces adiviné en parte, ó al menos creí comprender la causa por que habia desagradado mi vecindad la tarde anterior á mi deliciosa vecina.

Por lo demas, el jóven del balcon era bastante bien formado para infundir celos: hombre robusto y de perfecta constitucion, buen color, bigote rubio, una fisonomía altiva é irónica, que parece revelar uno de estos jenios lentos en la resolucion, pero tenaces y obstinados en el ejecutar, una sangre fria imperturbable, y un valor á toda prueba, que no escluye sin embargo á la prudencia; uno de estos seres en fin, á quienes la fortuna sigue por todas partes, y que lo llevan escrito en su frente.

Dije para mí: «semejante hombre debe parecer muy temible á un carácter siempre propenso á la desconfianza;» tal juzgaba yo al andaluz; esta reflexion me condujo naturalmente á pensar, que mis sospechas respecto á su linda muger no tenian acaso fundamento alguno, y que la turbacion de ésta podía únicamente no ser sino producto del conocimiento, que ella tuviese de esta extrema desconfianza.

Para aclarar mis dudas en este punto, me puse á estudiar la fisonomía de estos tres personajes. Respecto al andaluz, como ya he dicho, poco habia que dudar, los celos le salian por todos sus poros. Su jóven esposa se hallaba como anonadada; pero este estado de anonadamiento ¿le causaba su amor por el vecino del norte, ó el temor de los celos bien ó mal fundados de su marido? Nada de su conducta pudo darme razon. En cuanto á mi otro vecino, á la primera ojeada que eché sobre él, conocí claramente que su corazon estaba del todo libre de pensamiento alguno amoroso. En efecto, una levita color granate, pantalon perla,

chaleco amarillo, corbata de cuadros azules y blancos, cuyos hermosos colores harmonizaban con los de su rostro; despues, una mirada espresiva y resuelta, un ademan imperioso, y sobre esto un cierto viso que resaltaba en él de hombre positivo y egoista, hé aqui, me parecia, lo que demostraba hasta la evidencia, que era absolutamente estraño á lo que tan cerca de él estaba pasando, y que su persona sola era quizá el único objeto en el mundo que pudiese ocuparle seriamente.

En el siguiente dia las mismas escenas renovaron en mí las mismas dudas; dos meses se pasaron así.

(Se concluirá.)

RETRATO DEL CARDENAL RICHELIEU.

El cardenal de Richelieu era de noble cuna; su juventud hizo presentir de su mérito; donde sobresalió particularmente fué en Sorbona. Bien pronto se reconoció la perspicacia y rectitud de su talento: á nada se decidia sino despues de un detenido exámen. Era hombre esacto en sus palabras, á no ser que un interés poderoso le obligase á lo contrario; y aun entonces ponía cuanto estaba de su parte por conservar la apariencia de su crédito y buena fé. No era liberal ni esplendido, y sin embargo ann daba mas de lo que prometia; y sabia hacer sus beneficios de modo que retribuiesen despues en favor suyo. Era entusiasta por la gloria con mayor extremo que lo que una moral estricta lo consiente; pero forzoso es confesar, que nunca abusaba sino en proporcion á su mérito, de la dispensa que se habia tomado sobre su ambicion escesiva. Ni su corazon ni su talento sabian hacerse superiores á los pe-

ligros; aunque tampoco era capaz de intimidarse por ningun riesgo; y podemos asegurar que se escusó de muchos, mas bien por su entereza de carácter que los previno, que por la fortaleza de su espíritu que los sobrellevaba con constancia. Era un buen amigo, y aun sus deseos fueron de serlo íntimo del pueblo: mas aunque su exterior era insinuante y agasajador, y poseia otras recomendables prendas, le faltaba ese no sé qué tan indispensable en todo y particularmente en este punto. Oscurecia y eclipsaba la magestad personal del rey con su inmenso poderío y fausto de príncipe: mas observaba tan severa y cumplidamente las funciones de la soberanía, que era preciso ser muy advertido para no confundir lo noble y lo indigno de su proceder. Mejor que nadie en el mundo, sabia el distinguir lo malo y lo peor; lo bueno y lo mucho mejor; lo cual era en verdad una prenda recomendabilísima para un ministro. Se impacientaba con facilidad por cosas las mas insignificantes, si podian ser causa de grandes acontecimientos; mas este defecto que proviene de la sublimidad de espíritu vá casi siempre unido á grandes talentos que les escusan. Aparentaba bastante religion para con el mundo; se inclinaba al bien ó por propension á lo bueno, ó por convencimiento de su razon, siempre que su interés propio no le impelia á lo malo; en cuyo caso no dejaba de conocer que lo era. Jamás se ocupó del estado sino con relacion al resto de su vida: pero jamás ha existido un ministro que se haya esforzado mas en conyencer que sus planes tendian al porvenir. Por último, preciso es confesar que todos sus vicios han sido de aquellos que no pueden tener su origen sino de excelentes virtudes.

Ya se comprenderá facilmente el que un hombre que poseyó tan escogidas prendas, y que supo aparentar tantas otras que no poseia, conserve aun para con el mundo esa estima respetuosa que separa la indignacion del desprecio.

M. de Vigni ha consignado en estas breves líneas el retrato fisico del célebre Cardenal.

—Su frente era ancha y despejada, sus cabellos escasos y muy blancos, su cara pálida y larga; blanca su barba y puntiaguda, contribuía á prestar á su semblante esa apariencia de malicia y perspicacia que se advierte en la mayor parte de los retratos del siglo de Luis XIII. Suboca undida, sus labios imperceptibles; lo cual, segun Lavater es una señal indudable de mal corazon. Su boca parecia abismada entre dos largos bigotes grises y su perilla aguzada, adorno indispensable de la época.

EL BARQUERO

DEL CANAL.

El sol baña con su pura lumbre las saetas de los campanarios, las cimas de los pelados cerros, y las copas de los árboles mas alzados que circundan Madrid. El reloj de la Trinidad marcó las seis de la tarde en una apacible y tranquila del mes de setiembre. Un jóven camina silencioso con direccion al canal. Su edad rayaba en los 21 años; su traje era elegante aunque sencillo; sus maneras francas, noble su aire, y muy interesante su rostro aunque palido. Dos negros ojos rasgados, resaltando aun mas sobre la blancura de su tez, descubrian toda la dulzura de su corazon sensible y entusiasta; y el poco de entrecejo que al-

guna vez sombreaba su frente ornada de hermosos cabellos, los hacía brillar con noble fuego, símbolo de sus pasiones generosas. Distruido se separa tomando una senda estrecha por entre los sembrados, con dirección al molino. Fijos sus brillantes ojos en el camino real del embarcadero, figurase en aquel momento un pasajero que vaga perdido alejándose de sus lares. Magníficos carruajes cruzan rápidos en todas direcciones: observa el movimiento de los transeuntes; oye las festivas canciones de algún grupo bullicioso, ó bien el marcado compás con que sube la cuesta alguna solitaria pareja. El solo se separa de las gentes, busca la soledad y la dulce calma misteriosa de la naturaleza. Ya no llega á sus oídos el sordo murmullo de la población, ni el penetrante y confuso sonar de las campanas volteadas. Solo sus pasos resbalan con ruido sobre la tierra; y sus pensamientos aun se distraen al zumbir sordo y prolongado del viento. Sigue con la vista la tersa superficie de la campaña, y el sol hermoso reflejó en sus ojos su luz. Retirábase el astro de fuego, pesaroso de abandonar la vega del Manzanares, y complaciase en verter sus últimos rayos moribundos, que un montecillo oscureció por fin. Nubes de púrpura y oro retratan todavía su resplandor luciente, y enrojecen los objetos que por momentos se iban confundiendo á la vista del mancebo. Su frente estaba cubierta también de un color morado, é incierta sonrisa florecía en sus labios, haciendo su fisonomía tan interesante como la blanca luna que aparecía sobre los collados coronada de luceros. Opaca la niebla que se alzaba de las cenagosas aguas del canal envolvía las arboledas en un velo pardo y oscuro; y el viento de la tarde que se arreció, aglomeraba por

la parte del norte siniestros nubarrones que se confundían con las montañas. Las sombras se derraman de ellas, y parece un país encantador bosquejado por la triste luna de setiembre. Un ruido tenebroso, y la vista de la blanca solitaria casita le distraen de sus cavilaciones. Está en el molino. Cruza sus brazos al pecho: inclinado hacia la presa comparando las bulliciosas ondas desplomándose al torrente de las pasiones, y la blanca y desecha espuma, en que corren fugitivas, al necio empeño del hombre en oponerse al destino. Cerró sus ojos para gozar del imponente estruendo. Tiembla á sus plantas el suelo á la violencia de las aguas, que entonces suenan en sus oídos como el trueno subterráneo: el viento heló sobre su frente el sudor de que se hallaba cubierto, y el gran frío le hizo ponerse en marcha hacia el embarcadero.

Miraba receloso á todas partes; se aproximaba á donde le parecía mayor la espesura de los árboles, girando en derredor sus inquietos y azorados ojos; y oprimiendo sus manos maquinalmente el bolsillo de su levita. Se detuvo un momento; brilló como una estrella el cañón de un arma de fuego, y aun se distinguió entre las sombras como el movimiento de su brazo; un sonido lejano debió sin duda contenerle. Hacíase más perceptible y aun se distinguía sobre las aguas una luz flotante y una masa negra. El jóven exclamó: No es tiempo todavía!... y se adelantó á la orilla. El viento ondeaba como una bandera de muerte el capote de un barquero que iba sentado sobre los escombros que conducía una barca, y á quien la luz oscilante de un farol daba una apariencia fantástica y de mal agüero. Parecía el genio de la devastación entonando un cántico de muerte: al menos como tal reso-

naba en los oídos del jóven la cantinela que con voz estentórea y pavorosa rareaba aquel extraño personaje.

EL REMERO.

Salió á vogar un remero
En una noche tranquila,
Libre el alma de cuidados
Y contento con su dicha.

Una barquera muy bella,
Ocupada en pesquería,
Robóle el alma en sus ojos
Y en su traidora sonrisa.

La vió, la adoró el remero
Como á la estrella propicia
Del Norte consoladora,
Y la eligió por amiga.

La dió su mano y el alma,
Su choza y su navecilla:
Si fué poco lo que dió....
Fué todo cuanto tenia.

Ingrata la desleal
Cansárase de sus dichas;
Huyóse de la cabaña,
Huyóse y se hallaba en cinta!

Quien tuvo amores felices
Juzgue lo que sentiria:
Y aunque pobre, sin honor,
No quiso el pobre la vida.

En una noche lluviosa
De borrascosa ventisca
Salió el remero en su barca
Llamando á la muerte amiga.

Ya su leño se levanta
A las nubes, ya se abisma
En los mares procelosos
Que en torno agitados silvan.

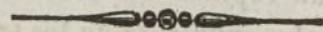
Y la muerte respetaba
A la pobre navecilla:
Que ella hiere á quien la teme,
No al triste que la codicia!

Mas él triunfó del destino:
Y con su mano atrevida
Al hallarse en alta mar
La barrenó con su lima,

Se agolpan las negras ondas
Bramando por sumergirla,
Al sepultarle un turbion
El remero sonreia.

Pasó la barca: el jóven permaneció inmóvil siguiéndola con la vista, y creyendo escuchar todavia el canto, aunque habia dejado de sonar.

(Se continuará.)



MODAS.

PARÍS 21 de mayo.

Ya se ven muchas telas de puro capricho, ahora que comienza el buen tiempo: todas son de moda, pero el buen gusto se ha decidido en favor de la seda, y desde hoy puede asegurarse, que solo ella será llevada por las señoras de distincion.

Las telas de seda de todas clases, con sus mil nombres extraños, fantásticos, mil veces repetidos, y totalmente desfigurados, forzado su sentido, y puede decirse casi que ridiculizados; nombres, que nos créemos dispensados de repetir, las telas de seda en fin se llevarán por la mañana, por la tarde, para *negligé*, para traje de sociedad, á todas horas, en todas las circunstancias posibles de la vida. Por lo que hace á su tejido y á sus diversas degradaciones, son tanto mas variadas por quanto las telas de *lustre*, *tornasoladas*, *chinescas*, *matizadas*, etc., que mas que nunca están ahora en boga, la moda las multiplica y subdivide en otras diferentes especies.

—Una de las modas de este verano, que ha sido adoptada al instante, es la de los chales de levantina guarnecidos de

encaje : algunos llevan en el fondo un ramo de flores bordado de lana muy fina.

—Al presente, uno de los puntos mas variables de la moda son las guarniciones. Lo que mas se lleva son uno, dos tres y aun cuatro volantes. Los volantes pequeños, es decir, aquellos, que solo tienen el largo suficiente para tres ó cuatro órdenes, sientan perfectamente en los vestidos de muselina. La seda y la lana llevan mejor los volantes largos porque son telas de mas consistencia; á la muselina le convienen mas bien las guarniciones bajas y pequeñas. Los volantes cortados al hilo sientan mucho mejor, que cortados al biés, sobre todo en telas que se lavan. Con el almidon, al tiempo de planchar el volante al biés, pierde este su forma, y encoje hasta la mitad.

Concierto.

Por fin se verificó en la noche del 18 del actual el concierto en favor de los niños de la Inclusa. Desde muy temprano comenzó á llenarse el gran salon del palacio de Villa-Hermosa, que apenas podia contener la inmensa multitud, que acudió á objeto tan piadoso.—Solo á nuestro siglo estaba reservado hermanar la diversion con la piedad: se pide una limosna, y para que haya piadosos que contribuyan es necesario proporcionarles el placer de un concierto!—Mucho calor, mucha incomodidad en los asientos, pues una silla estrecha, y el espacio de pie y medio de terreno, hé aqui lo que se concedia á cada individuo; no debe estrañar que *La Mariposa* se queje de esta estrechez, pues que le privó de ver y examinar los trajes

notables de tan escojida como elegante reunion para dar cuenta de ellos.

Hablemos de la parte artistica del concierto. A las nueve y minutos llegó al palacio S. M. la Reina Gobernadora. A su entrada en el salon rompió la orquesta en un himno marcial, que el programa atribuye al señor Iradier, y en él que notamos reminiscencias bastante marcadas.

La señora condesa de Campo-Alange ejecutó al piano unas variaciones de Hertz, tocadas con todo el aplomo de una escelente profesora, y con estremada agilidad y limpieza, que merecieron el aplauso de toda la sala.

El señor Aguado, tan aplaudido en mil ocasiones, tan mimado en el extranjero, solo mereció del público que asistió al concierto algunas risas, y nada mas. La risa! esta fue la recompensa dada á un prelude tocado en la guitarra con todo el aplomo, con toda la seguridad que caracterizan al gran profesor; esta la recompensa al *Pot-pourri*, en el que el célebre guitarrista desplegó tantos recursos, manifestó tanto jenio!

La señorita Quiroga cantó un aria (del señor Iradier); esta estudiosa é inteligente aficionada la adornó hábilmente y la desfiguró en un todo con la maestría que le es propia: estas alteraciones del orijinal fueron de tan brillante efecto, que se la aplaudió con entusiasmo.

La señorita de Eaton tocó al arpa unas variaciones de muy difícil ejecucion con bastante gracia y mucho primor, que arrancaron muchos aplausos.

Todas las demas partes contribuyeron tambien al mejor lucimiento del concierto.

Concluido que fué nos colocamos en la puerta de salida, pues ya que nuestra

esperanza de examinar los trajes de las damas fué vana en el salon, creíamos no lo fuese á la puerta. ¡Esperanza dos veces burlada! Todas se apresuraban á cubrirse, y ya el manton, ya la mantelleta, ya el pañuelo, y tambien la confusión de tanta multitud, que abandonaba acelerada el gran salon, nos privaron de realizar nuestro deseo.

Por conclusion observaremos, que es de muy mal tono presentarse las señoras en reuniones tan lucidas con vestido negro y sombrero.

ORIJEN DE LA GAMA.

Los signos de música de los antiguos se componian de una infinidad de caracteres, de letras inclinadas, tendidas, de figuras de toda especie, cuyo número ascendía á mas de doscientas.

Esta multitud de notas fue un entorpecimiento para la música. Por eso los latinos sustituyeron en su lugar las quince primeras letras del alfabeto, con las que formaron una tabla á la que dieron el nombre de *Gama*.

El papa san Gregorio, escelente músico, observó que las ocho últimas letras de esta Gama eran solo una repeticion de los siete primeros sonidos, y la redujo á las siete primeras letras.

En 1224, Guido Aretino inventó el sistema moderno, y sustituyó á las letras del alfabeto las sílabas *ut, re, mi, fa, sol, la*, que le ocurrieron cantando la primera estrofa del himno de san Juan Bautista, en la que están efectivamente comprendidas:

*Ut queant laxis
Resonare fibris,
Mira gestorum
Famuli tuorum
Solve polluti
Labi reactum,
Sancte Joannes,*

Para distinguir bien los sonidos graves de los agudos, Guido Aretino trazó algunas líneas, y tanto sobre ellas como entre sus espacios puso puntos redondos ó cuadrados, á los que despues se ha dado el nombre de notas, y que segun su posición ya encima de dichas líneas, ya en los intermedios, hacia marcar fácilmente la diferencia de un sonido á otro.

A fines del siglo 17 un francés llamado Lemaire inventó la nota *si*, y se adoptó generalmente en Italia y Francia.

PENSAMIENTOS DE UN HOMBRE DE MUNDO.

El gran mundo de hoy en dia es grande con relacion á su cantidad, como el antiguo lo era con respecto á las personas de que se componia.

—Las mugeres son de hierro y la vanidad les dá su temple.

—Nada es capaz de desarmar los resentimientos que se fundan en cosas que son nada.

—El antiguo respeto á las apariencias es tan necesario á las mugeres de hoy dia como á las mugeres de la época pasada. El mundo bien puede abdicar sus derechos, pero siempre conservará mas poder, que las imprudentes que le desafian,

PUBLICACIONES ESTRANJERAS.

Paul de Kock, el mas festivo y picante de los novelistas franceses, y del que nuestros lectores han visto ya algun trabajo, acaba de publicar una novela titulada: *Un Joven Encantador*. Esta obra, en la que se nota esa facilidad de espresarse tan original de su autor, al paso que es un cuadro tan animado y verdadero de la sociedad, ha sido acogida en Paris con gran aplauso.

MADRID: IMPRENTA DE D. F. MELLADO.